La crisis de Taddei exhibe los riesgos de concentrar facultades sin contrapesos. El INE terminó sometido a las decisiones de una sola persona.



LUIS CARLOS UGALDE
luiscarlosugalde@integralia.com.mx

Taddei, fruto del asalto al INE

Guadalupe Taddei es el resultado más escandaloso, aunque no necesariamente el más nocivo, del asalto político que López Obrador emprendió contra las instituciones electorales desde hace dos décadas. Su llegada a la presidencia del INE en 2023 y su renuncia, en medio de señalamientos de corrupción, no pueden entenderse sin la profunda desconfianza, antipatía y resentimiento del expresidente contra el árbitro electoral. Pero el daño mayor de esta ofensiva ha sido debilitar la autonomía y la imparcialidad del Instituto.

Tras perder la Presidencia por un estrecho margen en 2006, López Obrador denunció un fraude que nunca demostró. La contienda estuvo marcada por una fuerte confrontación política, incluido el intento de desafuero impulsado por Vicente Fox en 2005. Pero el IFE cumplió su mandato constitucional de organizar la elección y contar los votos.

En 2012 volvió a perder y denunció que la Presidencia había sido "comprada". En 2018, cuando finalmente ganó, su victoria no modificó su desconfianza hacia la autoridad electoral. Por el contrario, intensificó sus ataques contra el INE y su presidente, Lorenzo Córdova. En 2022 declaró: "Yo estoy aquí por el pueblo a pesar de ellos", en referencia al INE y al Tribunal Electoral. Incluso después de ganar, seguía presentando al árbitro como enemigo de la democracia.

Atacar al INE ha sido parte fundamental del relato de López Obrador: si gana, es a pesar del Instituto; si pierde, es por culpa de él. No es una estrategia exclusiva del obradorismo. Trump denunció un fraude inexistente para justificar su derrota en 2020. Así surgió su *gran mentira*; López Obrador construyó su gran mito: que las instituciones electorales de la transición fueron parte de un régimen que simulaba elecciones libres para impedir que él llegara al poder.

Ese mito tiene una función política más profunda: sostener que la verdadera democracia comenzó en 2018. Reconocer los avances de la transición electoral de los años noventa significaría admitir que el IFE y después el INE hicieron posible la alternancia del 2000 y, finalmente, su propia victoria. Desacreditar al árbitro también ha servido para desacreditar esa historia y presentar al obradorismo como el fundador de la democracia mexicana.

Pero el ataque discursivo fue apenas el principio. Cuando Morena consolidó su poder, comenzó la ofensiva institucional. En 2022 López Obrador propuso reducir de once a siete el número de consejeros, elegirlos mediante voto popular y desaparecer los organismos electorales locales. La reforma fracasó porque Morena y sus aliados no alcanzaron la mayoría calificada.

Luego vino el Plan B, una reforma legal para reducir la estructura administrativa y territorial del INE y debilitar su servicio profesional. La reforma fue aprobada, pero la Suprema Corte la invalidó.

Lo que no consiguió mediante reformas comenzó a buscarlo mediante los nombramientos. En 2023, Taddei llegó a la presidencia del Instituto en medio de cuestionamientos por sus vínculos familiares con personajes cercanos a Morena. López Obrador celebró su designación y Alfonso Durazo, presidente del Consejo Nacional de Morena, la respaldó.

El paso decisivo ocurrió en 2024, cuando Morena reformó la ley para permitir que Taddei nombrara unilateralmente a los principales funcionarios del INE, sin la aprobación del Consejo General. Se eliminó así un contrapeso fundamental: la colegialidad en las designaciones. En 2026, Morena y sus aliados pudieron además nombrar a tres nuevos consejeros sin negociar con la oposición.

La crisis de Taddei exhibe los riesgos de concentrar facultades sin contrapesos: el poder discrecional, la arrogancia y la percepción de impunidad que puede generar el respaldo político del gobierno. Lo que debía ser una autoridad colegiada terminó sometido a las decisiones de una sola persona.

Taddei es apenas el rostro más escandaloso de una ofensiva que ha debilitado a la institución que facilitó la alternancia. López Obrador no se conformó con ganar la Presidencia: también buscó controlar al árbitro electoral y reescribir la historia de la democracia en México. Como si ganar el poder le otorgara el derecho de decidir quién cuenta los votos y quién merece el crédito por la democracia.